

El Herald del Istmo

AÑO 1.º

Panamá, 16 de Enero de 1904.

NUM. 2

POST-UMBRA

POR DARIO HERRERA

*Cuando en mis noches,
cuando en mis noches de hondas nostalgias, el pensamiento
va visitando de mis amores,
de mis amores el cementerio,
tú sola surges,
tú que comprendias todo el pasado de mis afectos,
tú sola surges á los conjuros de la memoria,
tú sola surges, eternizada por el recuerdo!*

*Y resucitan aquellos días,
aquellos días que ya murieron,
breves y dulces como una aurora,
breves y dulces como un ensueño,
en que vestida toda de blanco,
bajo la noche de tus cabellos,
á mi venías hermosa y pálida,
allí en tu sala y en otro tiempo!
Después evoco la tarde triste,
tarde tan triste como el crepúsculo en un desierto,
en que tu vida se hundió en la nada,
en que tu alma se hundió en las sombras, en el misterio....*

*Cuadro doliente
que no se borra de mi cerebro!
Aquellos dobles de las campanas,
graves y lentos;
aquel ambiente nubloso y frío;
aquel gemido largo del cierzo;
el ruido sordo de aquella lluvia,
y en tu aposento,
aquellos cirios de llamas trémulas
que derramaban vagos reflejos;
aquel gran Cristo,
allá en el fondo, como el emblema del sufrimiento;
aquel desborde de mi amargura,
y sobre el lecho,
entre las pompas de la mortaja,
glacial, inmóvil, mudo, tu cuerpo!...*

*Ya vez que en mi alma te perpetúas,
que no te olvido, como tus labios me lo pidieron;
y que en mis noches,
y que en mis noches de hondas nostalgias, si el pensamiento
va visitando de mis amores,
de mis amores el cementerio,
á los conjuros de la memoria tú sola surges,
tú sola surges, eternizada por el recuerdo!*

El Heraldo del Istmo

Director-Propietario: GUILLERMO ANDREVE.

PANAMA, 16 DE ENERO DE 1904.

Palabras.

EN el constante afán, en el bregar continuo de la tarea emprendida, hemos al fin alcanzado un triunfo y de ello nos sentimos orgullosos.

Si á pesar de todas las voces pseudo-proféticas—insinuaciones malévolas de envidias ocultas tal vez—no desmayó nuestra fé, ni se marchitaron en el ambiente de utilitarismo que nos oprime las rosas del entusiasmo, obtuvimos yá, en este primer asalto del torneo, nuestra mayor recompensa.

Una corriente de simpatía generosa ha dado á nuestra labor mayor realce del que hubiera sido dable esperar. No han faltado, en su comienzo, el amable saludo de los colegas, la cariñosa frase de aliento, el entusiasmo vibrante, el deseo de investigación y de análisis, ni aún la crítica sensata que realza y que viene á ser algo como un visto bueno concedido en los dominios de la Inteligencia.

Y entre el coro de voces laudatorias se han vigorizado más y más nuestros anhelos, hemos cobrado con el aplauso sincero mayores bríos, y al comienzo de la segunda jornada vamos ya con un cargamento de esperanzas fundadas y de buenos deseos alimentados fervorosamente, en camino á través del yermo infecundo, de las estepas solitarias, en busca de la Jerusalem ideal en donde tal vez nos aguarden á un tiempo Gólgota y Tabor.

En el constante afán, en el deseo febricitante que nos consume, haremos acopio de buena intención y de firmeza inquebrantables. Caballeros cruzados de

la Inteligencia, embrazando el escudo haremos centellear el brillo de nuestras armas, mientras luce al sol, en su fondo níveo de inmaculada tersura la roja cruz, simbólica y extraña, que lució un día victoriosa en el triunfo de la civilización sobre los muros vetustos de Constantinopla.

Toda nuestra confianza está en nosotros mismos. Si acaso alguna vez, como Anteo, vamos á tierra, será seguramente para levantarnos luego más potentes.

AGUILAS

POR ANDRES A. MATA

Adónde van las águilas? Adónde el raudo vuelo emprenden; que ya una nube su plumaje esconde y al par que el rayo al huracán responde sobre otra nube su plumaje extienden?

Aquellas que sus nidos fabricaron en la cresta más alta de los montes y osadas desafiaron la noche de los negros horizontes; aquellas que amenazan á las fieras y con las fieras en el bosque luchan, y cuando ascienden, ascendiendo escuchan el continuo rodar de las esferas; van á escalar el cielo, si es que hay cielo tras del azul del éter adormido, para después de refrenar su vuelo colgar del cielo su gigante nido.

La fuerza imponderable con que mueve el águila caudal sus libres alas, tiene el genio también, cuando se atreve á penetrar en las etéreas salas.

Y si ya cerca de los cielos, falto de poderosos impetus, vacila; caerá vencido en el supremo asalto, pero con la protesta en la pupila, como cayó Satán desde lo alto!



Brindis Bohemio

Para SIMON RIVAS

A apurar iban ya los concurrentes
la verde copa de licor repleta,
cuando una voz jovial dijo: poeta,
brinda por la salud de los presentes.

Y un joven soñador, de ojos muy bellos
y de arrogante, varonil figura,
así comienza á hablar con amargura,
mientras flotan al aire sus cabellos:

A qué llamais salud, jóvenes locos?
á un falso bien que la existencia alarga
para aumentar la ignominiosa carga
que á muchos pesa y sobrellevan pocos?

Salud! Salud! Palabra, anhelo eterno
que en vano el hombre en conseguir se ufana.
Ella que nos amaba esta mañana
nos abandona al soplod el Invierno.

Cuántas veces en medio de la orgía
en que busqué consuelo á mis dolores,
dije *Salud!* sintiendo los ardores
de la fiebre que mi alma consumía.

Por LEON A. SOTO

Esa frase me aterra. Es un gemido
que en su inconsciencia el corazón arranca.
Ella dijo á Raimundo: "adora á Blanca,"
y la cruel realidad lo dejó herido.

Ella en innumerables ocasiones
sonrió al enfermo en las fatales crisis.
Ella oculta el puñal con que la tisis
asesta á muchos jóvenes pulmones.

Salud! Salud! no anhelo tus favores!
con ella Don Quijote no existiera,
ni indiferente y pensativa fuera
la pobre Ofelia deshojando flores.

Más si queréis salud, bebed la dosis
que de ella os brindo al fondo de este vaso:
en ella encuentre bienestar acaso
una enferma sublime: la Neurosis.

Compañeros! Alzad vuestra protesta
contra la era vulgar que atravesamos
y en vez de frases de salón, digamos:
¡Por lo poco de vida que nos resta!

1900.

LA DUDA

Por Antonio Bernúdez M.

YO conozco una extraña religión, —pesada
y simbólica, hondamente enigmática, —
la religión de la Duda. Su templo, su
enorme templo es el corazón humano, y sus silen-
ciosas oraciones son previvencias de ultratumba
que penetran en el alma friamente, gravemente,
como dardos emponzoñados en la claridad de lo
real....

Yo conozco una filosofía extraña, impregnada
de pasmosa vacuidad, una filosofía de exótica rareza
que suspende sobre las grandes concepciones
—en los bastidores cartesianos—el cortinaje del
eterno *devenir*.

Yo conozco una poesía extraña que armoniza
en los mágicos toques de su paleta las rientes que-
jas de la música y las sollozantes carcajadas del dolor,
una poesía sutil que vibra trémula en deliciosos

nestaños y abarca en la coga de sus versos las fi-
sonomías de la sombra de la luz, en el férvido beso
penumbral ...

Yo conozco un fantasma religioso, un fantasma
aterrador, que se mueve con ritmo espeluznan-
te, con ritmo que da miedo, miedo torvo, miedo
fosco, con ritmo que resuena sordamente en los
templos del cariño, en las selvas cornulentas del
amor, en las frondas perfumadas de los puros sen-
timientos. ¡Yo conozco ese fantasma!

Yo conozco un magno poema que en mi alma
llevo escrito, cual en lienzo de tristezas; un
poema gigantesco, que describe majestuoso tres
columnas y una torre: tres columnas que sostienen
una extraña religión, una filosofía extraña y una
extraña poesía; y una torre de pavor, hosca, im-
ponente, negra, en la que vive moviéndose, con un
ritmo que da miedo, "el fantasma de la Duda!"
¡Ay, yo conozco ese fantasma!



Tardes Opacas.

FUÉ repentina la desaparición. Momentos antes, el sol reía sobre la vieja pared de enfrente, en cuya cornisa de sillares desportillados, las ramas secas y colgantes de una parásita se proyectaban en oblicuo, firmes y negras, fingiendo la sombra de una mano diabólica. La luz amarilla loqueaba en el muro ruinoso, encendiendo á rojo de fragua, los ladrillos descubiertos, plateando las piedras ensalitradas, incrustando polvo de diamantes en las cuarteaduras, y prendiendo agujetas de oro en la cabeza leonada y soñolienta de un gato que dormía en el mufión de cantera ennegrecida de una canal sin tubo. Y de pronto, con una rapidez de pensamiento, con la violencia con que la varita de una hada toca el aire para que desaparezca el encanto, se apagaron las fantasmagorías kaleidoscópicas, y el muro se pintó de gris plomizo—un lienzo casi incoloro, en el cual los agujeros y descarnaduras, parecían manchas de tinta de china alumbradas por palideces de luna. La parásita, sin relieve, se dibujó en la pared como una grieta de la ruina, y la silueta de la cornisa, picoteada en zig-zags, como línea trazada por una mano temblona, se recortó en un cielo obscuro, un cielo de polvo, plano y sin accidentes, un cielo de paisaje fotográfico.

Entonces abrí la ventana para contemplar mejor aquella metamorfosis. Arriba, entre la inmovilidad cenicienta y compacta del espacio, tras una desgarradura violenta hecha por el viento, tras un boquete de bordes caprichosos, inmaculadamente blancos, con fragilidades de nieve, brillaba una placa de azul de prusia, fuerte y limpia, que arrojaba una gran ráfaga de claridad débil y fría, ala inmensa de luz que se quebraba en los negros acantilados de las nubes. ¡Qué quietas estaban las inconstantes, las que corretean por el aire y se burlan de la forma: los monstruos marinos, los pájaros gigantes, las islas milagrosas, las cabezas de gigantes airados, las catedrales góticas, los castillos ruinosos, los rebañíos fugitivos! Atravesó el horizonte un hilo de aves negras, y chillando, comenzó á describir, en el seno de un nubarrón círculos vertiginosos como los de los juegos pirotécnicos. La caricia del aire era fresca y olía á tierra húmeda. Y á lo lejos, sobre el borrado cono de las montañas un relámpago mudo rayó el ónix del horizonte.

Cayó en mi mano una gota, suavemente, sin ruido, como si hubiese bajado con lentitud, como si fuese una lágrima de las que se deslizan de las mejillas de una virgen hasta los labios de un ena-

morado. Después cayeron otras, también poco á poco, anunciando la primera lluvia primaveral, la que abre el corseleto de las rosas, engalana el pompón de los claveles, y enhebra su chaquira de cristal en la glauca pica de las hierbas del llano.

He aquí por fin á las bien amadas, á las tardes tristes, opacas y pluviosas, á las que ocultan el sol, el ardoroso sol que nos fatiga, y del que están cansadas las selvas americanas; las que nos traen la melancolía de las baladas; las que ponen nieblas y gasas á nuestros pensamientos para que reluzcan á través, como á través de las transparencias de los chales brillan los collares de las odaliscas. Nosotros no decimos como el pobre noruego en ferme, como el trágico Osvaldo de Ibsen, mirando el sombrío cielo de su patria madre, dame el Sol!

Al contrario, á estas tardes maravillosamente obscuras y que nos hacen pensar en cosas vagas y lejanas, en solitarios bancos de piedra, en mujeres hechas de luna, en recuerdos nostálgicos, en amores imposibles, á estas tardes así, opacas y silenciosas, les pedimos que nos den bruma, una poca de bruma, para acurrucar en ella nuestros sueños!

LUIS G. URBINA.
(Mexicano).



MAR AFUERA

POR ADOLFO GARCIA

Fragor sordo de espumas.
Lívidez de relámpago en las brumas,
Redobles de tambor en la honda esfera,
Y entre el barco que cruje
Y el huracán que ruje,
Bajo el ala glacial de la quimera
Tú, que á solas y pálida me nombras,
¡Y la mar con sus ímpetus de fiera!
¡Y el cielo con sus ímpetus de sombras!

Retumba el tumbo ronco
Y, encrespándose, empuja al otro tumbo
Que se revuelve, retrocede y bronco
Como bestia feroz, busca otro rumbo ...
La lluvia cae. El huracán azota
A lo monstruoso, formídate y negro.
Azarada gaviota
Huye al fúnebre horror que la persigue.
Y, como al son de multicolorde alegre,
La tempestad sonrío: el relámpago
Cruza la inmensidad.

El barco sigue!



COLON.--Estatua de Cristóbal Colón, regalo de la Emperatriz Eugenia, esposa de Napoleón III.

Théroigne de Méricourt.

PAUL HERVIEU es un escritor de costumbres, un psicólogo brillante, de la gran escuela humanista de que hemos hablado. "Points par aux-mêmes, l'Armature, La loi de l'homme, la Course du Flambeau" son pruebas de su amor á la vida y de su deseo de contribuir á mejorarla.

Aunque es un hombre joven (45 años), conserva las gloriosas tradiciones literarias de 1850.

Es un escritor de corto antiguo; ha resistido heroicamente las innovaciones. Lo distinguen la probidad, la elevación, el estilo sereno.

Con Anatole France y Victorien Sardou, es el único que conserva la capacidad de escribir piezas históricas. En la nueva escuela esta capacidad ha desaparecido. Si el porvenir no nos reserva una sorpresa, el género histórico amenaza morir con France, Sardou y Hervieu.

Mientras tanto, Paul Hervieu acaba de enriquecerlo—al género histórico—con una obra importante, con la evocación de Théroigne de Méricourt, confiada al genio inagotable de Sarah Bernhardt.

No parecía probable que Paul Hervieu, escritor de novelas y de piezas mundanas, se dedicara al drama histórico de gran aliento. Conociendo su vida se descubre esa probabilidad, se encuentra el origen de esa tendencia que acaba de triunfar en el autor de "Flirt". Hervieu fué diplomático en su primera juventud. Siguió esa carrera que, si es de sagacidad y observación, también es de precedentes y se basa en la historia, en el espíritu de la historia.

A sus condiciones naturales de escritor, Hervieu agregó, para producir obras históricas, una educación política competente, gracias á lo cual venció junto con presentarse en el nuevo terreno.

Por la influencia de su primitiva profesión, Hervieu escribió esta obra histórica. Las raíces del espíritu diplomático se afirmaron en su cerebro. La figura más interesante y más viva de Théroigne de Méricourt es la de Sieyes, el único talento diplomático de la revolución francesa, ese genio constituyente, sobrio, sagaz, oportunista, que supo iniciarla, recorrerla toda entera, sin naufragar en su temporal de sangre, y clausurarla entregándosela á Bonaparte el 18 "Brumario." En el drama de Hervieu la huella de Sieyes está tan marcada que bien podría llamarse "Sieyes en la revolución" á trueque de Théroigne de Méricourt.

En el primer acto, Théroigne de Méricourt, heroína popular al estilo de Juana de Arco, mujer buena y de alma ardiente, poetisa en acción, aparece conferenciando con el Emperador de Austria. El Soberano que la tenía prisionera, la pone en libertad á condición que vaya á Paris á decir á los revolucionarios que si tocan el trono de su hija la Europa se levantará contra ellos.

El acto segundo es muy dramático. Luis XVI y Maria Antonieta aparecen encerrados en las Tullerías como en una isla. Los oleajes del pueblo embravecido por la revolución creciente, rugen y se estrellan contra los muros del palacio. Dentro, en torno de ese Rey perplejo y decadente, no hay un hombre capaz de tomar una resolución propicia. La Reina se rebata entre sus cóleras impotentes y regias, y las sublimes resignaciones de su alma. Las damas de la corte están enloquecidas. Es una "débacle" sollozante de pelucas y de encajes. El pueblo ha invadido las torres del convento de los "Cordeliers" y ha lanzado á vuelo sus campanas fieles á la monarquía. La Reina se desmaya exclamando: "Dios también nos abandona!..." El pánico comienza con los primeros tiroteos entre los suizos y los descamisados. No es posible pintar de un modo más magistral esa corte inconsciente y lujosa, ocupada de intrigas de amor, de súbito sorprendida por la furia de una reivindicación popular.

La esencia de la obra aparece en el tercer acto. Théroigne ha convertido su departamento de la calle Tournon en un antro de conspiradores. Allí se reúne la logia revolucionaria, una logia simpá-

tica y genial que no tiene aspecto carbonario. La heroína sueña, rodeada de utopistas y de poetas, como Fabre d'Églantine, Barbaroux, Danton y Camille Desmoullins, ese amigo del pueblo elegante y caballeresco. Son los Girondinos. La Revolución se les presenta en una luz de aurora, admirable, casi divina. Se trata de renovar el mundo por medio del sentimiento, la libertad y la democracia. Nada quedará de ese pasado oscuro, lleno de privilegios crueles. Es el principio de una nueva era, era de redención y de felicidad común. La verdad y la justicia serán los guías y los dioses supremos. No habrá otro imperio que el de las artes y las letras. Se cumplirán, unos tras otros, los ensueños de Platón. Se llegará á una existencia ideal, á una égloga de Virgilio, á un simbolismo puro. Los meses serán el emblema de las estaciones: "Brumario, Vendimario, Termidor, Pluvioso." etc. El mismo Robespierre, en ese momento de la Revolución, tiene un aire humano y dulce.

Théroigne de Méricourt y su círculo están empeñados en dos empresas difíciles. Se trata de obtener que Pétion, el gobernador de Paris, y Sieyes, firmen el compromiso revolucionario. Pétion se resiste creyendo que va á traicionar á sus jefes seculares. Es ese instante en que los hombres luchan entre el respeto de la monarquía y la seducción de las ideas nuevas. Pero el duque de Orleans, el marqués de Laffayette y Desmoullins, dieron ejemplo. Pétion firma. Sólo falta la firma de Sieyes. No se comprende por qué ese demócrata doctrinario, ese destructor de privilegios, se resiste á pactar con los conjurados. El antiguo abate, más escurridizo, más elegante que nunca, se resiste porque aún no está seguro del éxito, porque su olfato fino y sagaz aún no determina la composición del ambiente. Théroigne lo atrae, lo seduce, lo engaña, lo envuelve en la atmósfera soñadora y calurosa de su alma revolucionaria. "Genio prodilecto de la redención". —le dice, —constituyente admirable, único hombre capaz de legislar para la nueva sociedad..." Y Sieyes, enamorado de su arte constitucional, pensando que al fin podrá aplicarlo y ver su efecto sobre los hombres, firma. ... El acto queda completa y Théroigne, loca de alegría, se guarda en el seno el precioso documento, en que todos esos hombres han jurado morir ó dotar á la Francia de una constitución.

La Corte ha tenido noticias de ese documento y quiere, á toda costa, obtenerlo. Un diarista amigo de la monarquía, hombre resuelto, se ofrece para irlo á buscar. Es Francisco Suleau, antiguo difamador de Théroigne de Méricourt.

Suleau se aparece al departamento de la calle Tournon disfrazado de guardia nacional. Théroigne esta sola. Suleau la befa, la maltrata y le sustrae á viva fuerza el acta revolucionaria. Théroigne, alocada por la ira y la responsabilidad, le dice al salir:

"¡Aguarda! tu risa terminará en quejido..."

En los actos cuarto y quinto se desenlazan los acontecimientos que, hábilmente, el autor fué acumulando en los actos anteriores.

Nos encontramos en plena Revolución. La Asamblea, bajo una máscara de benigno amparo,

ha puesto la mano sobre la familia real. Todo es excitación, batalla y tragiquez. El delirio del pueblo, el ascendiente, cada día mayor, de Robespierre y de Marat, hacen presentir el Terror. Esos días inolvidables y terribles han sido admirablemente reproducidos por el talento de Hervieu. El espectador siente las emociones nobles y brutales que, entonces, sacudieron á la capital del mundo. Y, sobre ellas, se cierne la melancolía de los martirios, formando un nimbo de luz y de gloria á la figura resignada de María Antonieta.

Théroigne arrastrando á la plebe, obedecida ciegame, como una pitonisa, busca á Francisco Suleau. La mujer sensible y soñadora ha tomado un carácter violento y caudillesco. La obcecación común se ha apoderado de ella.

Por un accidente cualquiera la revolución puede ser contrarrestada, vencida. Entonces el documento que obra en manos de Suleau probaría la complicidad de los amigos de Théroigne de Méricourt. La vida de todos ellos está en peligro. Es necesario, cueste lo que cueste, recuperar el acta revolucionaria.

En la terraza de Fuillants, en uno de esos días crueles del mes de Agosto, cuando los habitantes de París se asesinan entre ellos, Théroigne encuentra á Suleau que trata de penetrar al recinto en que la asamblea ha colocado á la familia real. Le exige la restitución del documento. Como se resiste a devolverle, le anima su jauría de descamisados. Suleau cae, bajo un círculo de puñales, gritando "viva el Rey!..." Théroigne no había profetizado en falso al decirle:

"Aguarda, tu risa terminará en quejido..."

La heroína ha recuperado el juramento de los constitucionales, pero la sangre de Francisco Suleau le bañó el rostro como un rayo de luz, devolviéndole su corazón de mujer, su alma humanitaria.

Poco después el terror alcanza su período álgido. La influencia sanguinaria de Robespierre ha embrutecido al pueblo. Este arremete contra los mismos hombres que poco antes aclamaba. Los conductores naturales de la revolución, los hombres sanos, bondadosos, los políticos convencidos, los poetas, los amigos de Théroigne de Méricourt, los Girondinos, caen víctimas del mal aconsejado delirio popular. La heroína ha hecho cuanto ha podido por salvarlos. Se presentó á defenderlos en la sala de la convención, desafiando burlas y acusaciones infamantes. Quiso aprovechar el último ascendiente que le quedaba sobre el pueblo. Todo fué inútil. La muchedumbre se ha convertido en una bestia feroz que solo presta oídos á las voces de matanza. En ese momento, la figura de Théroigne de Méricourt está á una gran altura. Es la diosa de la piedad que marcha sobre un mar de sangre. Encarna el ideal primitivo, el verdadero espíritu de la revolución francesa, el sople luminoso y filosófico de 1789, en las horribles obscuridades del terror.

La pobre mujer cae azobiada por los golpes y las decepciones. La revolución se le había aparecido como un medio para mejorar la sociedad. La ve convertirse en una horribilante tiranía, hecha de crímenes, espionajes y delaciones. El pueblo, ese pueblo que tanto amaba su corazón de rodentona, ese pueblo en el cual había visto un medio para hacer triunfar su filosofía, es una masa informe, palpitante y peligrosa, esclava de verdugos, cómplice de asesinos. Ya nadie escucha, ya nadie sigue á Théroigne de Méricourt, como á la inspirada encarnación de las ideas nuevas. Al contrario, todos la ridiculizan, la maltratan y piden su cabeza junto con la de los Girondinos. En esos días infernales y degradantes sólo son aplaudidos los virulentos y los matanceros. París es una hecatombe. El Terror arroja al Sena una cascada de cabezas nobles, no por la sangre, sino por el corazón y las ideas. Cuando cayó la última cabeza girondina la imaginación de Théroigne se trastornó. El dolor venció sus fuerzas de mujer y le produjo un delirio persistente, una locura triste y conmovedora, que hacía reír á los terroristas. Por eso le perdonaron la vida. Una cabeza loca no merecía los honores de la guillotina.....

(Concluiré).



SONETO

"Je meurs ó je me attache."

Deja que empolve tu cabeza blonda
¡oh mi amada maligna y hechicera!
serás bajo tu blanca cabellera
una joven duquesa de la Fronda.

Inconstante y fugaz como la honda
te llevó tu capricho á mi ribera;
ya sentí florecer tu primavera
sobre mi pena misteriosa y honda.

Y pues mi cielo tu sonrisa irisa,
haz que sus alas en gentil sonrisa
el ave roja de tus labios tienda...

Aunque después me maten tus desvíos,
acuñaré en tu honor los versos míos
con tu busto ducal y tu leyenda.

RICARDO JAIMES FREIRE.



Ortos

ACABO de recibir un precioso é interesante librito titulado ORTOS (*Estados del Alma*), nítidamente impreso en la Tipografía de A. Alsino, San José de Costa Rica, cuyo autor, José Angel Troyo, á quien ya conocía de nombre, me lo envía con fina dedicatoria.

Gracias al nuevo amigo y compañero.

ORTOS es un pequeño y artístico salón, en donde exhibe Troyo acuarelitas llenas de colorido y movimiento. El Arte tiene en esos cuadritos variadísimas manifestaciones, verdaderamente poéticas. Troyo no trasmite al lienzo, de su paleta policromática, esas fuertes tonalidades de la época del Renacimiento. Artista moderno, obedece á su estado psicológico y el sentimiento es el Númen que inspira sus cuadros.

En el poético vestíbulo de este Salón consagrado al Arte moderno, Justo Pastor Ríos está de pié. Este sublime muchacho que ya figura en los círculos literarios de la Habana, honrando á Colombia, tan pródiga en buenos poetas como en malos políticos, conduce galantemente á admirar las obras primorosas que adornan aquel pequeño templo consagrado al Arte; y con sus palabras tituladas EN EL ATRIO, hace la presentación del moderno autor que produjo tales obras.

El libro ORTOS es la verdadera condensación de los *estados del alma* del joven autor José Angel Troyo, quien en varias páginas pone de manifiesto el *dolor cristalizado*, que en forma de lágrimas, brota de sus ojos.

El Fantasma de la Gloria es, en el concepto mío, y perdóneseme el egoísmo, la mejor producción que encierra el libro de Troyo. Esa composición escrita en deliciosa prosa poética, habla bien alto en favor del modernista que ya lleva ganadas buenas lides en los torneos de la Inteligencia, y pone de manifiesto hasta donde puede llegar fácilmente, andando los tiempos, aquél moderno soldado de las letras centroamericanas.

Ya había yo leído la producción á que me refiero en *Literatura y Arte*, afligranada revista de la Paz, Bolivia, que tan hábilmente dirige Díez de Medina.

Modernista en la acepción exacta del vocablo, sin esas extravagancias que hieren el buen sentido, José Angel Troyo maneja la frase poética con esa esquisitez propia de los discípulos de la Escuela literaria que tiene por maestros en la América del Sur al nicaragüense Ruben Darío y al panameño Darío Herrera.

Nada de geroglíficos ni enigmas poéticos. En Ortos todo es claro como la luz del sol.

Continúe el joven artista por la senda que ha comenzado á transitar. Muchas espinas encontrará á su paso, y talvez se le opondrá en su camino el terrible *fantasma de la gloria*; más no desmaye, que al fin de la jornada recibirá el premio que Apolo reserva á sus hijos predilectos.

OMEGA GAMMA.



EN EL CAMPO

POR JULIAN DEL CASAL

Tengo el impuro amor de las ciudades,
Y á ese sol que ilumina las edades
Yo prefiero del gas las claridades.

A mis sentidos lánguidos arroba,
Más que el olor de un bosque de caoba,
El ambiente enfermizo de una alcoba.

Mucho más que las selvas tropicales,
Plácenme los sombríos arrabales
Que encierran las vetustas capitales.

A la flor que se abre en el sendero,
Como si fuera terrenal lucero,
Olvido por la flor de invernadero.

Más que la voz del pájaro en la cima
De un árbol todo en flor, á mi alma anima
La música armoniosa de una rima.

Nunca á mi corazón tanto enamora
El rostro virginal de una pastora,
Como un rostro de regia pecadora.

Al oro de la mies en primavera,
Yo siempre en mi capricho prefiriera
El oro de teñida cabellera.

No cambiara sedosas muselinas
Por los velos de nítidas neblinas
Que la montaña prende en las colinas.

Más que el raudal que baja de la cumbre,
Quiero oír á la humana muchedumbre
Gimiendo en su perpetua servidumbre.

El rocío que brilla en la montaña
No ha podido decir á mi alma extraña
Lo que el llanto al bañar una pestaña.

Y el fulgor de los astros rutilantes
No trueco por los vívidos cambiantes
Del ópalo, la perla ó los diamantes.



PANAMA.--Plazoleta central del Parque de la Catedral, en donde tuvo lugar el Cabildo abierto que proclamó en la tarde del 4 de Noviembre de 1903 la independencia del Istmo.

La Cuerda Rubia

Traducido para EL HERALDO DEL ISTMO

LAS campanas, lentas y graves, habían sonado el toque de vísperas; los tambores y los pífanos con su ruido ensordecedor tocaban á retiro en toda la ciudad, sin medida, sin alegría, de una manera poco animada, como á la vuelta de una fiesta, cuando se tienen los labios secos, las manos cansadas y las piernas flojas. Era el medio día, hora del silencio grave interrumpido solamente por la queja lejana del mar y el canto ronco de las cigarras. El cielo, de color de oro en fusión, prendía agujetas deslumbradoras en las tejas de barro y calcaba las azoteas de mármol y aún las losas de las aceras. Las puertas y ventanas estaban cerradas en todas las casas, como después de los funerales ó durante los destierros de sus habitantes; y en los jardines agonizaban las flores bajo un sol abrasador, exhalando inquietantes olores como de selvas mágicas incendiadas.

Desafiando los ardientes rayos solares, las bellas damas de la aristocracia, llevando cubiertas de mitones las blancas manos cargadas de sortijas, se habían hecho conducir en sus literas hasta el muelle arruinado que dominaba el puerto. Allí se fastidiaban jugando con sus abanicos de seda, charlando y riendo, deliciosos ramilletes de carne rubia y sonrosada que á través de los linones y las muselinas transparentes mostraban como por un rasgo de impudicia, de manera provocativa, los sitios propicios á los mejores besos, mientras las gargantas brotaban ruidosas y nacaradas fuera de las cintas y encajes que las retenían y las ocultaban á medias, ofreciéndolas á las caricias importunas de las moscas, abundantes en aquella hora y en aquel sitio. Los párpados, en tanto, cansados por el suplicio de la espasa dejaban escapar la llama de la mirada debilitada por un anhelo que crecía de momento en momento.

Vestidos de monos sabios, los negrillos que acompañaban á las damas, dormitaban á su lado, mientras torpemente las cubrían con los parasoles de seda amarilla. Un hombre que conducía una carretita llena de campanillas vibradoras, anunciaba vender racimos de uvas moscatel almibarados y perfumados, limonadas y sorbetes de vainilla y de bergamota, no sabiendo á quién atender primero. Y allá lejos, á lo largo de los malecones, sobre los antiguos cañones que servían para amarrar los cables de los navíos, y en los cuales bailaban los reflejos del agua cubierta de lentejuelas de plata, en medio de los barriles, de los aparejos, de los fardos y de los montones de tablas, la inmensa y abigarrada multitud de verduleras, modistillas, artesanos y bulliciosas muchachas de taller, rechazada trabajosamente por los soldados se preparaba á la rebelión, lanzaba pullas, apedreaba á los privilegiados y forzando las barreras que la contenían atisbaba también, ansiosamente, el arribo del audaz pirata á quien los soldados del Rey habían al fin capturado y traían prisionero.

Vosotras tenéis aspecto de no creer lo que os digo, exclamó suspirando la marquesa de Cavaire; más yo os afirmo siempre que no invento nada; que ese pretendido bárbaro ha recibido como vosotras y como yo el agua santa del bautismo, y que es por demás bien nacido un patricio de Venecia, emparentado por su madre con los Mocenigos y cuyo nombre es Bartolomé Fiorelli. Si él se lanzó al mar y enarboló bandera negra fué por escapar á los bigardos de la policía que lo perseguían y habían puesto á precio su cabeza.

—Y la causa? preguntó madama de Véranges, que por su fragilidad parecía una rosa de otoño.

—Una lista de crímenes de los cuales el menor es suficiente para hacerlo descuartizar entre las dos columnas de la Piazzeta, á saber: multitud de esposos impertinentes arrojados en noches lóbregas á las acequias, un convento de agustinas reducido á cenizas con todo lo que adentro había, incluidas las monjas, mientras que él escapaba en su góndola con una de las más bellas novicias; y por último una rara habilidad en el arte de preparar los venenos que lo hubiera envidiado madama de Brinvilliers.

—¡Qué alma tan negra! exclamó la marquesa de Pierreleigue.

—Pero encerrada en un cuerpo de una belleza tal que semeja estatua de Apolo á la que animara un soplo de vida, allá en el fondo de un parque, en una noche misteriosa de luna llena.

—Sí, dijo aturdidamente la princesa de Grimaud, he oído decir que este demonio tiene grandes ojos de pupilas luminosas, y una boca de labios gruesos y voluptuosos que no se pueden olvidar, y que realiza por amor, y cual si fuera un juego, mil empresas dignas del semidiós que hilaba la rueca á los piés de Onfala.

Y cosa extraña, pero cierta, cuando recorría la costa en su jabeque que iba á fondear por las tardes en los lugares propicios, encaminándose con sus marineros hacia las fuentes, las bellas lavanderas que allí se hallaban, no huían, sino que

tendiéndole sus brazos temblorosos como si fuera un mago, desgarraban sus zagalejos y sus corpiños de fustán para agradarle y seducirle; y si él satisfacía sus anhelos, ellas no se quejaban después de ser llevadas á los mercados de Argel y de Túnez y vendidas allí al mejor postor como si fuesen bueyes.

Y el parloteo de aquellas mujeres frívolas se interrumpió. La corbeta donde el pirata venía atado sólidamente á un mástil, entró en el puerto con las velas casi tendidas, como si fueran las alas rotas de un enorme pájaro. Todos estaban silenciosos como durante las procesiones de reliquias, cuando el Santo Sacramento centella en manos del reverendo obispo y la multitud se extiende á lo largo de las calles en confuso hormigüeo.

Con las manos amarradas á la espalda, la cabeza alta como si se burlara de todo aquel aparato de justicia y se resignara ante su destino, la frente escondida bajo bucles indóciles de pelo negro, el pecho desnudo entre los jirones de una camisa de hilo y la cintura fajada por una banda de seda verde, descendió el pirata del puente y avanzó entre una doble hilera de bayonetas. El reía alegremente al contemplar todas esas mujeres ansiosas y trémulas, y contándolas como buenas presas, quizás las últimas, que no se le escaparían, les lanzaba las más dulces miradas de sus pupilas en las que irradiaba una llama verdosa como de fuego fátuo, mientras tarareaba una canción libertina de gondolero sobre los maridos engañadas. Y todas aquellas mujeres, nobles, burguesas é hijas del pueblo se estremecían cual si les hubieran aplicado á las espaldas un hierro candente que las hubiera abrasado hasta las entrañas, y sintiéndose todas dolientes, todas turbadas, siguieron sin saber por qué, como empujadas por una mano invisible el fúnebre cortejo hasta las puertas mismas de la lóbrega cárcel.

Y durante las tranquilas noches estrelladas y los pesados días de grandes calores, se vieron alrededor de esa puerta muda y sombría, de esos muros inaccesibles, querellas vengativas, aullidos feroces de mujeres vagabundas, que arrancaban las piedras con sus uñas ensangrentadas, sollozando desatinadamente, dando gritos locos que imitaban los centinelas colocados en las garitas. Las otras, las damas de la aristocracia, fueron más felices. Como ellas estaban en favor en la Corte, y como el gobernador de la provincia no podía rehusarles nada, la princesa de Grimaud, la marquesa de Cavaire y la condesa de Pierreleigue que eran rubias las tres, la primera como el cáñama que se deshace en copos, la segunda como las flores del cañafístolo y la tercera como las hojas muertas del plátano que el mistral barre sobre los caminos en octubre, lograron á fuerza de ruegos proporcionarle golosinas al prisionero y amenizar con largas visitas la soledad siniestra de su calabozo. Gracias á sus ruegos y sus astucias el proceso caminaba lentamente durando hasta la víspera día de Inocentes. Esa noche, cerca de la puerta marina, frente al inmenso mar, como lo habían dispuesto los siete jueces, fué levantada la horca, y al terminar el verdugo recibió en un cofre de sándalo, como ofrenda misteriosa, una bolsa llena de luises de oro y una cuerda flexible, fina, deslumbradora, que parecía haber sido trenzada con hilos de plata ra-

diente y seda maravillosa. Y era que por amor al prisionero las tres bellas damas con el corazón traspasado de dolor y de lástima á un tiempo, habían hecho el sacrificio de corta sus cabelleras magníficas, las que un hábil cordelero había transformado esa misma noche en una cuerda lujosa.

Y el pirata besó esta cuerda extraña y dulce que le traía la muerte en una caricia suprema, y su cuerpo balanceando á impulsos de la brisa del mar, mostraba alrededor de su cuello como una prenda de orgullo y señorío aquella cuerda rubia, cual un toisón de oro que hubieran envidiado los príncipes de la sangre.

RENÉ MAZERROY.



VEJECES

POR JOSE ASUNCION SILVA

Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
sin voz y sin color, saben secretos
de las épocas muertas, de las vidas
que ya nadie conserva en la memoria.
Y á veces á los hombres, cuando inquietos
las miran y las palpan, con extrañas
voces de agonizante, dicen, paso,
casi al oído, alguna rara historia
que tiene obscuridad de telarañas,
son de laúd y suavidad de raso.

Colores de anticuada miniatura,
hoy, de algún mueble en el cajón, dormida,
cincelado puñal, carta borrosa,
tabla en que se deshace la pintura
por el tiempo y el polvo ennegrecida,
histórico blasón, donde se pierde
la divisa latina, presuntuosa,
medio borrada por el líquen verde,
misales de las viejas sacristías;
de otros siglos fantásticos espejos
que en el azogue de las lunas frías
guardais de lo pasado los reflejos,
arca en un tiempo de ducados llena,
cruzifijo que tanto moribundo
hunedeció con lágrimas de pena
y besó con amor grave y profundo,
negro sillón de Córdoba, alacena
que guardaba un tesoro peregrino
y donde anida la polilla sóla,
sortija que adornaste el dedo fino
de algún hidalgo de espadín y gola,
mayúsculas del viejo pergamino,
batista tenue que á vainilla hueles,

seda que te deshaces en la trama
confusa de los ricos brocateles,
arpa olvidada que al sonar te quejas,
barrotes que formais un monograma
incomprensible en las antiguas rejas,
el vulgo os huye, el soñador os ama,
y en vuestra muda sociedad reclama
las confidencias de las cosas viejas!

El pasado perfuma los ensueños
con esencias fantásticas y añejas,
y nos lleva á lugares halagüeños
en épocas distantes y mejores;
por eso á los poetas soñadores
les son dulces, gratísimas y caras
las crónicas, historias y consejas,
las formas, los estilos, los colores,
las su estiones místicas y raras
y los perfumes de las cosas viejas!



LA CONVENCION NACIONAL.

Ayer 15, en el local que ocupaba antiguamente el Colegio de los Reverendos Padres Escolapios, arreglado al efecto, se reunió con un selecto personal la Convencion Nacional que debe entre otras cosas de importancia máxima dotar al país de una Constitución, elegir al Presidente de la República, buscar remedio al mal amarillo y aprobar el Tratado Bunau-Varilla-Hay, sobre Canal.

Los dignatarios de tan augusta corporación, elegidos ayer mismo, son los siguientes: Doctor Pablo Arosemena, Presidente; Doctor Luis de Roux, 1er. Vice-Presidente; Don Heliodoro Patiño, 2.º Vice-Presidente, y Don Juan Brin, Secretario.

Juzgamos á todos los convencionales poseídos de la grandeza de la misión que están llamados á cumplir, y confiamos que, unido esto á las dotes de inteligencia de que los creemos adornados, la obra de ellos, como constituyentes, será de alta resonancia.

EL HERALDO DEL ISTMO se complace desde luego en presentar á la primera Corporación de la República, en el día de su instalación su más cordial saludo, y en desearle acierto en sus delicadas labores.



LA CHORRERA.--Vista del salto en el río Caimito.

Colegio de "San José"

BALANTEMENTE invitados por la señorita Marina Ucrós, Directora del Colegio "San José," asistimos á los exámenes con que cerró sus tareas anuales este floreciente plantel de educación.

Sinceramente manifestamos haber quedado satisfechos del adelanto de las educandas. Este adelanto es resultado lógico de la contracción y desarrollo que en el cumplimiento de las nobilísimas funciones del profesorado despliegan tanto la Directora y hermanas, como sus inteligentes colaboradores el Reverendo Padre Bernardino García y las señoras Dolores Arosemena y Natividad Cervera.

La tarea educacionista, sobre todo si se ejerce con el sexo femenino, es de alta trascendencia so-

cial. La mujer es el alma de la sociedad, y si las primeras enseñanzas—tal vez las que más influencia ejercen en nosotros—se reciben de la madre en el hogar, es justo considerar como de vital importancia la educación cuidadosa de las niñas que mañana, ya esposas y madres de familia, han de ejercer notable influjo moral de la manera que dejamos expresada.

No es de ahora que la señorita Ucrós viene dedicando su juventud al profesorado, con éxito justísimo. Los resultados obtenidos en una serie de años consagrada á tan ardua labor llevan al ánimo el íntimo convencimiento de las dotes que la adornan y de la buena voluntad que la guía. Y si es cierto que es deber de todo gobierno que se interese por el progreso del país prestar apoyo preferente á

la instrucción, es nuestra opinión que no estaría fuera de lugar, y que sería considerado como medida de justicia, el dar, de una manera fehaciente, generoso apoyo á la obra de la señorita Uerós, quién tiene que luchar con la intransigencia, el egoísmo y la envidia que aquí como en todas partes tratan de hacer nugatorios los mejores propósitos.

Ojalá que el señor Doctor Manuel Amador Guerrero, cuya buena intención en favor de todo lo que sea bien para el país es conocida, al ocupar la primera magistratura para la cual ha sido postulado unánimemente, demostrara en lo que se refiere al Colegio "San José" y los servicios que el pres-

De Dolores Mercedes Unda, la primera tiple, lo mismo que del barítono nada podemos decir ahora; sus papeles eran muy secundarios para poder apreciar de una manera justa sus aptitudes. Creemos sí que ella posee buena voz y que logrará hacerse aplaudir cuando suban á escena obras en las cuales ponga en juego sus facultades de artista.

Por ahora nos permitimos aconsejarles á todos que ensayen con frecuencia para aprender con exactitud y firmeza la parte de declamación de las obras. *Ligan* mal, los diálogos son tardíos y *espaciados* y hasta en el juego escénico y *entradas* se notan demoras que solo se pueden atribuir á la falta que dejamos apuntada.

Para esta noche tienen anunciada *Marina*, "la preciosa zarzuela de verso lindo y música encantadora".

ROMA

EN EL ANFITEATRO

POR RICARDO MIRO

¡Miradlo allí postrado de rodillas
elevando al Altísimo su canto!
No hallareis las señales del espanto
en su rostro de pálidas mejillas.

La canalla al creer que se acobarda
gritos, insultos y silbidos lanza;
pero el bullicio general no alcanza
á sustraerlo del fervor que guarda

Salió a la arena, regia, poderosa,
haciendo estremecer el Circo entero
con su rugido aterrador y fiero,
de Numidia la bestia más hermosa.

Es un león: revuelta cabellera
al aire tiende; luego la sacude;
después al centro de la arena acude,
do postrada la víctima lo espera.

Qué oyó entonces el cristiano dentro el pecho?
armas le dieron y las hizo á un lado;
y ya las toma, se levanta airado
y al combate se alista satisfecho.

El león que mira un enemigo digno
donde antes solo adivinó un cobarde,
se estremece y se agita haciendo alarde
de sanguinario júbilo maligno.

Ligero parte luego hacia su presa;
más casi de juntarse en el momento,
el cristiano, con agíl movimiento,
en el suelo se tiende con presteza.

El león se espanta y por encima brinca,
y él, que sin duda no esperaba en vano,
la férrea lanza con potente mano
con firmeza en el vientre presto lo hinca.

Herido corre por el circo entero
arrastrando la lanza en su carrera,
y el pueblo todo que la hazaña viera
aplaude lleno de placer sincero,

El león huye veloz y al agitarse
la sangre mana de la abierta herida:
parece que presiente que la vida
de sus miembros muy pronto va á escaparse.

Se detiene: sus ojos espantados
se fijan en el hombre que lo mata;
recobra entonces su fiera innata:
hombre y bestia se miran asombrados.

Se abalanza la fiera arrebatada;
confúndense de nuevo en un instante;
va á morir el cristiano, pero antes
al león roba la lanza ensangrentada.

Vibró en el aire su último rugido
y con supremo y postrimer esfuerzo,
por la ancha arena con furor perverso,
la sangre esparce del cristiano herido.

Mas su triunfo fué sólo de un segundo,
porque su vista inmóvil, fija, queda,
y á pocos pasos del cadáver rueda
agitando sus miembros moribundo.

Y aquel pueblo feroz que parecía
transportarse al ver sangre de cristiano,
aplaudió con frenética alegría
el cuadro que le daba su tirano.



Écos de la Quincena

El señor Director de esta Revista es un señor formal, grave y serio que apesar de su traza de buenmozo y la perenne risa de sus labios, quiere ser puntual como un inglés. Aquí, sobre mi mesa de trabajo, ahora que dan las doce de la noche, encuentro una tarjeta de él, llena de laconismo espartano, pidiéndome la crónica para el segundo número de EL HERALDO.

¡Líneas de Romeo! Ideas y recuerdos llenos de sentimentalismo y de ilusión, frases sin

ningún mérito literario que son olvidadas tan pronto como acaban de ser leídas, tal quiere el amigo y compañero siempre amable y debo complacerlo.

En esta horrible soledad que me angustia y me cansa, que me desespera y me maltrata, preso por la fuerza de la Suerte Mala entre las cuatro paredes de mi cuarto, sin tener unos ojos que me animen cuando llega la tristeza ni una voz que me consuele cuando viene el pesar, rodeado tan sólo de libros y periódicos que aún no he podido

leer y mientras la lámpara que alumbraba "lanza hinos de muerte" como burlándose de la eterna agonía de mi espíritu, debo llenar con letra menuda y clara, cuartilla tras cuartilla cincelando cada frase para hacer resaltar las ideas y obtener así que ese señor Público, tan poco dado al análisis según Ritcher, quede satisfecho y contento.

La vejez del cuerpo es soportable, digna de respeto y de veneración: es algo como un letrero que llevarán sobre su frente los ancianos para avisar el mérito de la experiencia de que son dueños; pero la del alma, esa que inspira lástima, debe ser amarga como retama y negra como corazón de infiel.

Cuando muere el afán noble y el deseo plausible, cuando no se aspira á nada ni nada se desea, entonces la vida tiene indefectiblemente que ser una carga y un tormento. Muertas las ilusiones, la existencia no tiene razón de ser porque pierde su mayor encanto. "El Dolor purifica"; denota vida, sensibilidad, fuerza en el alma; si se siente la desgracia y nos arranca un grito de angustia, ese mismo grito prueba palmariamente de que el placer y la alegría tendrán también, cuando vengan, el poder de conmovernos profundamente.

Y mientras estos llegan dichosos los que pueden como yo gozar de la riqueza de muchas esperanzas—levantémonos por nuestro propio esfuerzo aunque sea una línea sobre el nivel ordinario de los demás.....

* * *

El baile dado en los salones del "Club Internacional" la noche del 31 de Diciembre para recibir al Nuevo Año, ha sido el acontecimiento social más notable de toda la Quincena. Buena música, mucha animación, derroche de gracia y zalamería, risas frescas y sonoras, entusiasmo constante y gran deseo de divertirse se adivinaba en los rostros de todos los que concurrieron á los salones de ese Centro.

El programa de las piezas que debían bailarse, confeccionado sin arte ni concierto, no se pudo cumplir al pie de la letra por las *extras* inoportunas y excesivas que comenzaron antes de la media noche.

Pero hay que confesar que esa pequeña nota discordante se olvidaba con solo volver la mirada hacia el núcleo numeroso y selecto de bailadoras bellas y graciosas y de galanes jóvenes y amables que, llenos de satisfacción y alegría, eran capaces de inspirar contento al más meditabundo y taciturno.

... Y tú mi buena amiga de alma de oro, bien puedes estar alegre y satisfecha; tú precioso vestido de seda blanca llenó esa noche todo el salón con su gracia sencilla y su elegancia; y mientras tus ojos, denotadores de tu inmenso talento, irradiaban hermosos y expresivos, en tu frente blanca y tersa había algo así como un nimbo encantador de pureza angelical y de bondad infinita...

Para tí—reina y amiga—mi aplauso sincero.

* * *

Mi buen hermano Antonio, cuya amistad tanto aprecio, me obsequió hace ya algunos meses el último drama de Dicenta titulado *Aurora*, obra llena de bellezas y de verdades indiscutibles.

Aquí sobre mi mesa de trabajo está el ejemplar nítidamente editado por Sopena y las ráfagas de aire que llegan del mar vecino se entretienen en jugar con sus hojas.

Ahora una ráfaga más poderosa y fresca que las anteriores, acaba de abrir el ejemplar y en una de sus páginas leo, sonriéndome, estas frases que el autor pone en boca del primer personaje del drama:

"La poesía y la ciencia son hermanas. Un hombre de ciencia es un poeta que busca la verdad; un poeta, un hombre de ciencia que la presiente; en el fondo iguales; dos gemelos que vuelan alto, porque la naturaleza ha tenido el buen gusto de ponerles alas en la frente."

Nuevo esfuerzo del viento en las hojas del libro y leo, en la página satinada, ya sin leer y pensativo, estas otras líneas:

"No ser comprendido! ... ¿Amor? Amor, si, el amor corriente, el vulgar, el que se traduce en sonrisas, en suspiros, en palabras dulces, en pensamientos rutinarios, en esperanzas baladíes, ese; no el amor verdadero, el grande, el que resulta, más que aproximación, penetración, justaposición de dos seres; el que cree siempre y comprende siempre, porque cuando no comprende, adivina, y cuando no adivina admira y respeta! ..."

Bolo acaba de cerrar el libro y no puedo seguir copiando.

* * *

La Prensa local, galante y generosa, con motivo de la aparición del EL HERALDO DEL ISTMO, ha dedicado al Director de este periódico preciosos sueltos llenos de bondad y de cariño que él de fijo sabrá agradecer.

Para los que luchamos por la realización de ideales nuevos y progresistas nada más halagueño ni que infunda tanto valor y firmeza como la voz de aliento de los que por talento natural ó fruto óptimo de estudio constante, saben apreciar nuestra labor y nuestro esfuerzo, y se dignan aplaudirnos.

Para esos colegas amables y generosos, nuestras frases de agradecimiento.

* * *

El Director de esta Revista me encarga dar á sus favorecedores una explicación con respecto á los grabados que se debieron publicar desde la aparición del primer número.

A los Estados Unidos se remitieron, en época oportuna, catorce fotografías para que una casa de Chicago se encargara de hacer los respectivos clichés y esa casa dice, en carta que trajo el vapor

que á Colón arribó ultimamente, que "debido á estar ya muy pálidas las fotografías de los dos caballeros (Adolfo García y León A. Soto), no han podido ejecutar el trabajo con la prontitud suplicada, pero que para fines de este mes, las planchas estarán en Panamá."

Si no se presenta, pues, un nuevo inconveniente, los fotografados prometidos aparecerán en el tercer número de este Quincenario, y--en vista de lo expuesto--nuestros amigos sabrán dispensar la demora involuntaria en que se ha incurrido.

Y sea esta oportunidad de dar al caballeroso amigo señor Don Demetrio H. Brid y al generoso señor J. G. Duque--alma siempre dispuesta á hacer el bien y á prestar apoyo generoso á todo lo que implique progreso--nuestras efusivas gracias por la fineza de facilitarnos los grabados que adornan las páginas de esta edición.

**

Los exámenes anuales de fin de curso han comenzado ya en los principales planteles de la capital.

Para asistir á los que presentan las *Liceos de Señoritas y Niños* hemos sido cortesmente invitados por sus Directoras. Esos exámenes comenzados el día 10 terminarán mañana 17, y ya hemos oído hacer elogios sobre el adelanto que demuestran los alumnos, lo que habla muy alto en favor de la competencia de las profesoras. Nosotros, agobiados por un constante laborar no hemos podido, con verdadero sentimiento, asistir á ellos. Trataremos de hacerlo aunque sea á última hora, un breve rato, pues todo lo que toca á la instrucción nos merece atención extremada.

**

Enero nos ha traído días de completo verano. Un sol brillante y lujoso, sol que anima y entusiasma, quiebra sobre la ciudad sus rayos de oro, mientras de la montaña bajan, en alas de la brisa estival, perfumes campestres que nos recuerdan épocas pasadas y nos hacen pensar en lo sola y aburridora que quedará la población cuando las familias vayan abandonándola para instalarse en sus casa de la Sabana ó en algún pueblecito del Interior de la República y gozar allí en perfecta calma de los placeres del verano.....

Romeo.



NARCISO GARAY

Nuestro buen amigo el inteligente y notable artista istmeño Narciso Garay se encuentra entre nosotros procedente de la capital colombiana.

EL HERALDO DEL ISTMO se complace en presentar su saludo amistoso al notable intelectual--honra de esta tierra querida--y pone sus columnas á la entera disposición de *San Ciro*.

Alguno corre el riesgo.

¿Quién corre el riesgo si vuestra vida no está asegurada? Indudablemente vuestra esposa y vuestros hijos. Suponiendo que el incendio destruya vuestra casa ó vuestro almacén, sin estar asegurados, vos mismo habrías corrido el riesgo y tendríais que sobrellevar la pérdida. Si falleciéreis sin un seguro de vida, vuestra familia tendría que sufrir la pérdida. No dejéis que corran ese riesgo por más tiempo; no se hallan en estado de soporarlo.

Hay muchas compañías buenas,
Pero sólo una es LA MEJOR. —

LA EQUITATIVA
de los Estados Unidos.

Arturo Rivera,
Agente Especial.

El Herald del Istmo

Quincenario Ilustrado.

Director=Propietario: Guillermo Andreve.

Esta Revista constará de 16 páginas de lectura y se publicará dos veces al mes.

La suscripción por trimestre vale *UN PESO CON CINCUENTA CENTAVOS (\$1.50)* y cada ejemplar suelto *TREINTA CENTAVOS*.

No se admite más colaboración que la que sea solicitada y no se devuelven en ningún caso los originales.

Para todo lo relacionado con la Revista dirigirse á su Director-Propietario ó á la *Tipografía Casis y Cía*.

Por Correo: Apartado No. 215.

La Dirección de EL HERALDO DEL ISTMO ha organizado una Junta de Censura encaegada de examinar todo trabajo que sea remitido para su publicación, la cual no se efectuará sin la aprobación de dicha Junta.